

ADOLFO ALSINA

POR

N. AVELLANEDA

DISCURSO EN LA INAUGURACION DE SU ESTÁTUA

EL

1° DE ENERO DE 1882



BUENOS AIRES

IMPRESA DE EL NACIONAL, Bolívar 65 y 67

1 8 8 2

Adolfo Alsina

SEÑORES :

Vuestros votos se encuentran cumplidos. Hé ahí á Adolfo Alsina — Esta estatua no es un monumento. Es una resurreccion — Vedlo — Se alza como siempre con su frente altiva en medio de todos — No buscaremos mas entre los muertos al que vuelve á hallarse entre los vivos — Lo vendremos á saludar por las tardes en esta misma hora del crepusculo, con sus luces indecisas, y tan propicia á los recuerdos.

Hacia veinte años que el cadáver de Cayo Graco habia flotado sobre las revueltas aguas del Tíber, y la plebe romana oyendo á lo lejos el paso de las lejiones de Mário, creia encontrar al pié de la tribuna de las

arengas removido el estadio de arena por la vuelta triunfante del glorioso tribuno, al que en la vida y en la muerte habia consagrado su amor.

Cruzan así por los anales humanos ciertas figuras, vívidas, ardientes, apasionadas, que no se avienen con las sombras del olvido y que los pueblos no comprenden desaparecidas. El enternecimiento popular por la memoria de un hombre, no es el juicio histórico; pero es el unico sentimiento mas fuerte que la muerte y suele vencerla.

Recordais, señores, el último canto del bardo de Ossian cuando heria con su plectro no yá la lira sino el viejo escudo de armas, para despertar con sus sonidos el espíritu de la gloria sobre los valles y en las montañas del Morven, convocando las sombras de los guerreros muertos? Podia yo tambien golpear con mis manos el bronce resonante de esta Estátua, para poner delante de vosotros la imagen viva de Adolfo Alsina, suscitando los dias gloriosos, cuando iba á las batallas jóven y animoso, ó cuando

acaudillaba soberbio las muchedumbres de su partido inflamándolas con su palabra ó dirijiéndolas con un jesto! No quiero en esta ocasion pronunciar un discurso — El mio fué hecho ahora cuatro años al borde de su fosa, y deben haber palabras como hay actos que no se repitan en la vida.

SEÑORES:

Vais á escuchar un relato sencillo y casi familiar. La Comision misma ha dado la palabra al confidente, al amigo político que sobrevive, para que aparezca mas que el orador — el testigo —

He conocido á Adolfo Alsina, habiendo ambos asociado nuestra suerte política, durante largas y terribles crisis,—pero me sucede con mayor frecuencia volver la memoria á los primeros dias de nuestra amistosa union—Habia él sido nombrado Gobernador de esta Provincia y fuí llamado á ocupar uno de los Ministerios—No nos conociamos casi y hablamos.

En Alsina el pensamiento nunca era vário

sino uno, y se hallaba absorbido por un propósito grande, y sin cuya realizacion no habrian habido entre nosotros igualdad ni justicia—Alsina queria abolir el ominoso servicio de la frontera, que pesaba como una contribucion de sangre sobre el desgraciado habitante de nuestras campañas, dejándolo al mismo tiempo sin trabajo y sin hogar, y que continuaba durante la República aquella historia del indio, dado en encomienda para defender la propiedad de su señor territorial.

Los primeros actos de su gobierno transparentaron el designio sin verificarlo, pero teneis consignado en este recuerdo el oríjen de grandes acontecimientos, para muchos olvidado. Hé ahí, señores, como crecen y se desarrollan las ideas por su propia vitalidad, porque vosotros sabeis que el pensamiento aquel de la abolicion del servicio en las fronteras debia traer y trajo catorce años despues por desenlace inevitable la supresion de la frontera misma, hecho portentoso aun para los mismos que lo han ejecutado.

Empieza así á dibujarse la figura de Adolfo

Alsina que tantos conocíamos y se halla sintetizada en este rasgo de la obra primordial que ocupó su vida. Le vino al pensamiento para corregir una injusticia, para impedir que hubiera en su país una clase social deprimida con una servidumbre de sangre, y antes que una idea en su mente fué por mucho tiempo un movimiento en su poderoso corazón—No conozco entre nosotros hombre público alguno que haya sentido mas fuerte este vínculo de union con los que sufren, ó que haya comprendido mejor la necesidad de la igualdad para todos. Era por este motivo el tribuno instintivo, sin la arenga fastuosa y con sinceridad en el carácter. Su alma pertenecía al pueblo.

Quiero señalar otros rasgos de su fuerte naturaleza.

Si era vehemente en sus pasiones, es justo reconocer que nadie poseyó como él el don de vencerlas.—Podeis verificar con vuestros recuerdos mis afirmaciones—Solia promover largas agitaciones populares, y siempre las contuvo dentro de la ley.—En nuestros movimientos democráticos, encabezó mas de

una vez las turbas enceguedas por ódios, però no las condujo á la guerra civil.—No hay una sola gota de sangre vértida en su nombre.

Fué durante algun tiempo, estremado en sus sentimientos locales, pero nunca llegó á desconocer ó á renegar su Nacion,—y despues de haber combatido con las palabras de mayor elocuencia que se escucharon en sus lábios el proyecto de ley que federalizaba la Provincia de Buenos Aires, reapareció al dia siguiente en el Parlamento enfermo y triste, declarando con voz conmovida y grave que aceptaba la ley del compromiso que había establecido el asiento del Gobierno Nacional en esta ciudad de Buenos Aires, con jurisdiccion y por algunos años, porque era necesaria para la consolidacion del réjimen nacional.

Cuantos habrán en este momento recordado conmigo el espectáculo de esta lucha que fué suprema entre la educacion de los primeros años, y la aparicion soberana de la patria reclamando sacrificios,—y como Adolfo Alsina empezó á prestarle culto

presentándole en holocausto su propio corazón hecho pedazos !!!

Pudo alguna vez ser arrebatado en sus palabras, pero nunca fué violento por sus actos. Tarda en disiparse la prevención contemporánea, aun en presencia de los hechos que evidentemente la contradicen. Abrase el Registro Oficial y léamos

El Gobierno Provincial del Dr. Alsina venido según tristes vaticinios á plantear las opiniones del partidismo extremo, fué precisamente el que calmó, tranquilizó, restauró, aboliendo los réjimenes de escepcion, trayendo la ley á las fuentes del derecho comun y restituyendo sus verdaderas bases á la tranquilidad social.—Llevan el nombre de Adolfo Alsina, es decir, su asentimiento espontáneo y deliberado las leyes de tierras que tendieron á difundir su propiedad sacándolas de manos privilegiadas,—á concentrar la poblacion en los éjidos de los pueblos antiguos y aun desiertos, y las otras leyes que concluyeron con las pesquisas sobre el origen de las propiedades que habian inmovilizado el suelo, ó con las denuncias fiscales y privadas, verdadero flajelo de la avidez y del espionaje,

que tenia envuelta nuestra sociedad dentro de las redes de ocho mil litigios.

El Gobierno del doctor Alsina fué saluado como el advenimiento al poder del gran Elector. No quiero discutir el pasado; pero ahí está despues de catorce años clamando por ser ley el proyecto autorizado con su firma, y que yo mismo siendo su Ministro llevé al recinto de la Legislatura, para quebrar por siempre el resorte de los Gobiernos electores, los ochenta Jueces de Paz designados cada año por la autoridad central y entregando su nombramiento á la votacion libre de cada vecindario.—Tal era Don Adolfo Alsina.—No se obstinó jamás en retener bajo sus manos lo que mas le aprovechaba, apenas se manifestaba su injusticia, porque sabia que no hay derecho para confiscar lo que pertenece á todos ó á muchos en beneficio del predominio propio, ó de un solo partido.

Los años pasaron rápidos llevando y trayendo acontecimientos, y volví á encontrarme con Adolfo Alsina en otro teatro mas vasto—

Se trataba de elecciones para el Gobierno de la República.

La contienda se prolongaba acerba y dura, pero la opinion habia sido escrutada en diversas Provincias y los hechos asumian ya para los observadores tranquilos el carácter de su desenlace definitivo.—Muchos cerraban los ojos para no verlo, cuando en medio del clamoreo inmenso, de las pasiones desatadas y embravecidas, se oyó de pronto una voz altísima.—Era la de Adolfo Alsina, y esta voz dijo:—*Me inclino* delante del veredicto de los pueblos, *renuncio* á mi candidatura presidencial, sostenida por el entusiasmo de millares de hombres, y transfiero mis votos al candidato que cuenta visiblemente con el sufragio de la voluntad nacional.—“Hay un pacto”, gritó la maledicencia.—Era falso. No habia sinó una abnegacion.

La vida política con sus competencias ardientes y con los vuelos de la ambicion, es tambien un estadio. Se ha hecho muchas veces el elojio escelso del atleta que llega jadeante, vencedor ó vencido, al término de la jornada; pero ¡cuán mayormente debe ser enaltecido el luchador sublime que se para de pronto en el

vértigo de la carrera, bajo la presión de un designio inflexible y comprimiendo con las manos su pecho, para que no se le salte el corazón!!!

Cuando un acto individual entraña verdadera grandeza, se prolonga en proyecciones infinitas. Queda como el ejemplo ideal para los otros hombres y como una luz para los pueblos. Aquel hecho de un desprendimiento desconocido fué de una trascendencia tan alta, que dió por su propia virtud carácter á un partido. Escuchadme. Hay un partido en Buenos Aires que ha sostenido al Gobierno de la Nación durante crisis pavorosas, que lo ha defendido con su sangre en los campos de batalla y que acaba de consolidar el régimen constitucional dando á la República su capital definitiva, y este es el partido fundado por Adolfo Alsina y que aprendió en el día del sublime ejemplo, á inclinarse delante de la voluntad nacional.

Adolfo Alsina murió siendo actor en otra obra—la Conciliación de los partidos,— y puede decirse que después de haber arrancado

con sus brazos las barreras de las separaciones políticas, los cerró sobre su pecho para no abrirlos mas. El pueblo ha rondado durante cuatro años al rededor de su tumba, para rescatarlo á las sombras de la muerte, hasta que consiguió por fin—traerlo á la mansion de los vivos, representado por esa Estátua, que se inaugura entre pompas oficiales, pero que ha sido erigida verdaderamente por el óbolo de las muchedumbres.

SEÑORES :

La Estátua de Adolfo Alsina no es levantada por la posteridad lejana, — no se encumbra en la historia. Esta dirá sin embargo, que debe su origen á esas corrientes invencibles de la simpatia popular, y que no se resignan en presencia de la muerte—¿ Queréis ser un hombre de *Estado*, argentino? Esta estátua es una leccion—No basta para ser hombre de estado, argentino, poseer el jénio de las combinaciones políticas, ser diestro en los negocios públicos, brillante en el parlamento ó valeroso en las guerras—Se necesita ademas llevar el sentimiento de la igualdad dentro del alma y amar al pueblo con pasion invencible.

SEÑORES:

Concluyo—No habeis escuchado un discurso—He querido demostrar que no salia de mi retiro con un propósito de vanagloria personal, sinó para rendir un homenaje al mas caro y al mas ilustre entre mis amigos muertos—Muerto y muertos!—He ahí lo que cava cada año en nuestras frentes surcos tan profundos. Inclinémosnos humildemente delante de Dios que castiga sobre las ruinas de los corazones prematuramente rotos, los vanos pensamientos de la juventud soberbia, esperanzas y orgullos desvanecidos para siempre !!

Adolfo Alsina, adios!!

El deber de la amistad ha sido cumplido. Quedais ahora de pié, representado por vuestra Estátua, en una de las plazas de esta Ciudad que os era mas amada que vos mismo, por que la llevabais identificada con sus calles, sus azulados horizontes, su rio y sus cielos en cada fibra de vuestro ser! Quedais de pié recibiendo los homenajes de vuestros contemporáneos, oyendo las palabras enternecidas por la fidelidad del recuerdo, perpetuada hasta mas allá de

la tumba—, y aguardando con esa altiva serenidad, que era la actitud natural de vuestro espíritu, los fallos justos de la historia!!

Adolfo Alsina, adios!!

Agradezco en nombre de la Comision al Señor Presidente la adopcion que ha hecho de esta Estátua poniéndola bajo los auspicios de la Nacion, y pido á la ilustre Municipalidad de la Capital que la conserve entre sus monumentos públicos.

N. Avellaneda.

Buenos Aires, Enero 1.º de 1882.
